

Pedro LAINS y Vicente PINILLA NAVARRO (eds.)
Agriculture and Economic Development in Europe Since 1870
Londres/Nueva York, Routledge, 2009, 407 pp.

Uno de los rasgos más sobresalientes y positivos de la historiografía ibérica en los últimos veinte años ha sido su voluntad y capacidad de trascender las fronteras de los estados peninsulares no sólo para leer lo que se publica en otros países —tarea en la que ya se habían embarcado muchos historiadores en los años sesenta y setenta— sino también para realizar estancias de investigación y participar en seminarios y encuentros internacionales. Fruto de esa voluntad y de esa capacidad nuevas son libros como *Agriculture and Economic Development in Europe Since 1870*, que resulta de la colaboración de investigadores de adscripciones académicas diversas, bajo la dirección de un profesor portugués y de otro español, en un proyecto iniciado con una reunión en la Universidad de Zaragoza. Creo que, más allá de lo que dicen sobre los cambios de nuestra comunidad académica (y de la portuguesa), estos datos —el origen de los editores y el lugar de la primera reunión— tienen alguna consecuencia y otorgan algún valor añadido a la obra que reseñamos. Sería perfectamente imaginable un acercamiento a las transformaciones agrarias y sus efectos sobre el desarrollo económico europeo en un libro editado por historiadores de los países culturalmente centrales en Europa o en Occidente. Se podría incluso esperar que, como se hace en esta obra, afrontasen el período iniciado con la Gran Depresión y llegasen hasta nuestros días, poniendo así el énfasis no en la “revolución agraria” de la Europa noroccidental sino en los contradictorios períodos de crecimiento y estancamiento que siguieron a la primera globalización, así como en la larga onda expansiva, acompañada del proceso de desagrarización, que siguió a la Segunda Guerra Mundial. Pero menos razonable habría sido esperar que, en ese supuesto, hubiesen tratado de incluir en su análisis un amplio número de estudios de caso de las periferias del continente y todavía menos que todos los colaboradores hubiesen recurrido, tan asiduamente como se hace en los textos del libro que nos ocupa, a comparaciones y, por tanto, a referencias bibliográficas, de esas regiones periféricas.

Éste es el primer valor de una obra que reúne tres estudios generales y doce estudios de casos nacionales (Países Bajos, Dinamarca, Suecia, Alemania, Francia, Italia, Polonia, Hungría, España, Portugal, Grecia y Turquía), enlazados por la cronología y por el objeto de estudio. Hay cierta ambigüedad en uno de los capítulos que se presenta como estudio general cuando en realidad versa sobre el Reino Unido aunque, eso sí, en perspectiva comparada explícita con los EE.UU. y Alemania, y no implícita o asistemáticamente explícita como se hace en los restantes casos nacionales.

En la introducción de Lains y Pinilla se revisan de forma sumaria las teorías sobre el papel de la agricultura en el desarrollo (Lewis, Clark, Kuznets, Rostow, Bairoch, Johnston y Mellor), para concluir señalando el carácter abierto de la correlación histórica entre desarrollo agrario y desarrollo económico, ya que el sentido de la relación causal entre ambos fenómenos es variable. Por ello, y en segundo lugar, los editores emprenden el resumen de los capítulos por países de la obra, poniendo de manifiesto la imposibilidad de efectuar generalizaciones europeas sobre las relaciones entre sectores económicos o sobre las causas del desarrollo agrario. En el capítulo I, Olmstead y Rhode efectúan un recorrido semejante aunque distinto por las obras de referencia en el campo del desarrollo agrario, para centrarse finalmente en las hipótesis sobre los determinantes de la innovación en la agricultura. Reconocen la necesidad y la capacidad heurística de teorías como la de la innovación inducida y el modelo del umbral de innovación, a las que dedican especial atención, pero con su acercamiento crítico pretenden también alertar sobre las distorsiones introducidas por una teorización poco alerta a variables no contempladas en los modelos, como la interacción entre los tecnólogos y los productores o entre los pioneros y los seguidores o como la acción del Estado. Tras este capítulo, Aparicio, Pinilla y Serrano realizan una tercera contribución general con su estudio del comercio internacional de productos agroalimentarios, en el que presentan las cifras agregadas para el período 1870-2000, revelando la existencia de dos modelos de intercambios: uno anterior a la Gran Depresión en el que predominaban los intercambios entre países industrializados y agroexportadores y otro, configurado tras la Segunda Guerra Mundial, en el que Europa ha pasado a ser el principal actor del comercio agrícola.

Desde este punto, los autores de los diferentes capítulos nacionales inician sus recorridos por la historia agraria de cada uno de los casos presentados, con un énfasis común en dos cuestiones: la explicación de las diferencias de la productividad agraria dentro del continente europeo y la comprensión de la relación entre la productividad agraria y los niveles de renta *per capita*. Todos los autores responden a estas expectativas con un análisis de series más o menos completas de la participación de la agricultura en el PNB y en la población activa, así como con el estudio de una amplia información sobre la evolución de la productividad agraria y de sus diferentes componentes. No voy a entrar en el resumen de las tesis de cada capítulo, en ocasiones marcadamente revisionistas, como sucede en el que Federico dedica a Italia. Las explicaciones de las “dos cuestiones” incluyen variables no siempre idénticas, como corresponde a aproximaciones nacionales en las que los componentes políticos (la política comercial, la transformación de los mercados a causa de los cambios en las fronteras, la política tecnológica, la política de precios agrarios, las reformas agrarias...) e institucionales (la extensión del cooperativismo, los cambios jurídicos...) pasan necesariamente a primer plano. Aún así, y pese a las llamativas y

no siempre bien explicadas diferencias cronológicas —los Países Bajos, Dinamarca, Suecia, Alemania, Francia e Italia se estudian en el período 1870-1939, Polonia, Hungría, España, Portugal y Grecia en el período 1870-1973 y Turquía entre 1870 y 2000— el resultado es un volumen notablemente homogéneo, que permite extraer hipótesis sugerentes a partir de una comparación que se hace viable por esa homogeneidad de los textos.

Sin embargo, el esfuerzo comparativo recae íntegramente sobre el lector, porque no hay conclusiones en el propio libro. Apenas se pueden designar como tales las contenidas en el párrafo final de la introducción, en el que además de afirmar que “la diversidad de las experiencias europeas pone de manifiesto las dificultades de proponer generalizaciones sobre las causas explicativas de las diferencias en el comportamiento del crecimiento” (una proposición que llevada a sus últimas consecuencias equivaldría a calificar de inútil el proyecto en su conjunto), los editores dicen que los trabajos reunidos revelan que es a las ventajas o a la falta de oportunidades a lo que se debe atribuir el desarrollo de la agricultura y no a las “actitudes económicas” de la población rural. Cuando explican qué cabe entender por ventajas y oportunidades, y por lo tanto por sus contrarios, dan algunas pistas de lo que debería haber sido un capítulo de conclusiones, que sistematizara para el público algunas de las aportaciones presentes a lo largo de los, a menudo excelentes y siempre rigurosos y sugerentes, estudios.

Probablemente la falta de capítulo de conclusiones tiene algo que ver con lo que entiendo que constituye una limitación del enfoque de la obra en su conjunto: el empleo de los estados nacionales como objetos de análisis. Los editores defienden en la introducción ese método con dos argumentos de naturaleza muy diferente: la información histórica, tanto cuantitativa como cualitativa, sobre la agricultura está recogida por demarcaciones político-administrativas; y la política y las instituciones, definidas sobre todo en términos nacionales, son muy relevantes para entender el desarrollo agrario. Lo primero es cierto pero constituye una justificación pragmática y no teórica de los espacios elegidos, una justificación que además se ve parcialmente refutada por los casos de Polonia, Hungría, Grecia y Turquía, en los que los historiadores deben hacer el esfuerzo contrario de reconstruir retrospectivamente la información referente a estados nacionales inexistentes como tales o con fronteras muy diferentes en el pasado. Lo segundo no resulta convincente porque viene a convertir en conclusión lo que debería ser una proposición *ad demonstrandum*: si queremos medir la incidencia de las políticas y de las instituciones nacionales en un período determinado, deberíamos seleccionar regiones con rasgos agroecológicos y socioeconómicos semejantes, situadas en estados distintos, e identificar y medir las diferencias en sus trayectorias que cabe atribuir a las políticas aplicadas en cada uno de ellos. Frente a la fórmula de los casos nacionales, quizá sería más adecuado la presentación y posterior comparación de la historia agraria de regiones subestatales o supraesta-

tales, definidas en función de los objetivos de los estudios. Si tratamos, como se hace en esta obra, de sacar conclusiones de la comparación de países tan distintos como la pequeña y relativamente homogénea Dinamarca, en un extremo, y, en el otro, de estados muy diferenciados internamente desde todos los puntos de vista como España, Francia o Italia, en los que las medias son a menudo poco representativas de las grandes tendencias agrarias, nos veremos obligados a movernos en niveles de explicación tan distantes que harán poco fructífero el ejercicio comparativo.

Desde mi punto de vista, la problematización de los espacios de comparación resulta indispensable: los historiadores suelen censurar que los economistas pasen por alto los elementos evolutivos, diacrónicos, pero deberían por su parte reintroducir en su propio análisis las dimensiones geográficas de su trabajo. No se puede dar por sentado que un país o una región es el área óptima para un estudio: hay que razonar la elección espacial puesto que es determinante en los resultados. La introducción del espacio como problema constituye una tarea ambiciosa que no cabe resolver, ni por razones pragmáticas (accesibilidad de información) ni por razones teóricas, de forma simple. Por ello sería injusto pedirle una solución satisfactoria en este campo a un libro ejemplar por muchos otros motivos: por el número de países que incluye, por la riqueza de la información que contiene, por la amplitud teórica con la que afronta los problemas del desarrollo agrario y su contribución al desarrollo económico, por la existencia de unos elementos comunes que garantizan unos mínimos de homogeneidad en los diferentes capítulos y por reunir a un conjunto de competentes historiadores económicos, dispuestos a embarcarse en un proyecto de gran envergadura e indudable relevancia.

Juan Pan-Montojo

Universidad Autónoma de Madrid